

Juan Crisóstomo

*SOBRE EL MATRIMONIO*

Homilía II

1. También al empezar la epístola recomendó Pablo a Epafras por su amor<sup>2</sup>. Muestra su amor el hecho de que los elogie, según dice al principio: *El cual nos informó también de vuestro amor en el Espíritu*<sup>3</sup>. Muestra su amor y hace amarlo también el que ruegue por ellos. Lo recomienda, abriendo la puerta a sus palabras (que el maestro sea respetable es una ventaja para los discípulos), el haber dicho además: *vuestro compatriota*, a fin de que se enorgullezcan por su causa, por producir hombres semejantes.

<sup>12</sup>*Que se esfuerza siempre a favor vuestro en sus oraciones.* No dice sencillamente «que reza», sino *que se esfuerza*, temblando y con miedo.

<sup>13</sup>*Yo soy testigo –dice– de lo mucho que se afana por vosotros. Un testigo digno de fe. De lo mucho –dice– que se afana por vosotros.* Es decir: «Os quiere profundamente y arde de amor por vosotros».

*Por los de Laodicea –dice– y por los de Hierápolis.* También lo recomienda a aquéllos. Pero ¿cómo iban ellos a saberlo? Es probable, entonces, que lo oyeran, si es que no se enteraban también al leer la epístola. *Procurad –dice– que sea también leída en la iglesia de Laodicea*<sup>4</sup>.

*Para que os mantengáis perfectos,* dice. Al mismo tiempo los censura y, sin intención de ofender, los exhorta y aconseja. Porque es posible ser perfecto y no mantenerse, como cuando uno sabe todo pero todavía vacila; también es posible no ser perfecto y mantenerse, como cuando uno sabe parte pero está seguro<sup>5</sup>. Sin embargo, Epafras pide ambas cosas. *Para que os mantengáis perfectos,* dice. Mira cómo les volvió a recordar sus palabras sobre los ángeles y sobre la vida.

*Cumplidores –dice– de toda voluntad divina.* No basta sencillamente con hacer la voluntad. El que cumple no permite que haya en él otra voluntad porque no le deja plenamente satisfecho.

*Soy testigo –dice– de lo mucho que se afana por vosotros*<sup>6</sup>. No solamente se afana, sino que mucho,

además. Ambas expresiones son signo de intensidad. Es así que el mismo Pablo dice en su escrito a los Corintios: *Celosó estoy de vosotros con celos de Dios*<sup>7</sup>.

<sup>14</sup>*Os saluda Lucas, el médico querido.* Éste es el evangelista. No lo pone el último con intención de humillarlo, sino que está ensalzando a aquél, a Epafras. Probablemente también hay otros llamados así. *Y Demas.* Después de decir: *Os saluda Lucas, el médico*, añadió: *querido*. Un elogio es éste no pequeño, sino además muy grande, el ser querido de Pablo.

<sup>15</sup>*Saludad a los hermanos de Laodicea, a Ninfas y a la Iglesia de su casa.* Mira cómo los aglutina y une entre sí, no sólo por el hecho de saludarse, sino también de intercambiarse las cartas. Luego se muestra de nuevo complaciente nombrándole a él, a Ninfas, en particular. Hace esto no sin razón, sino para conducir a los demás al mismo celo. Y es que no es cosa sin importancia que a uno no le cuenten con el resto. Mira, por tanto, cómo pone de manifiesto la grandeza de este hombre si resulta que su casa era una iglesia.

<sup>16</sup>*Una vez que hayáis leído esta carta entre vosotros, procurad que sea también leída en la Iglesia de Laodicea.* Me imagino que había algunas cosas escritas aquí que era preciso que éstos oyeran. También para ellos era mayor el provecho al descubrir sus propios pecados mientras se está acusando a otros.

*Y por vuestra parte leed vosotros la que os venga de Laodicea.* Algunos dicen que no se trata de la que Pablo les mandó a ellos, sino de la que ellos mandaron a Pablo. En efecto, no dijo: «la carta a los laodicenses», sino: *la que os venga de Laodicea.*

<sup>17</sup>*Decid a Arquipo: «Considera el ministerio que recibiste en el Señor, para que lo cumplas».* ¿Por qué razón no le escribe a él personalmente? Quizá no necesitaba sino una única y simple llamada de atención para ser más diligente.

<sup>18</sup>*El saludo va de mi mano, Pablo.* Esto es una prueba de excelencia y amistad, ver su carta y conmoverse con ella.

*Acordaos de mis cadenas.* ¡Oh! ¡Qué gran exhortación! Esto es suficiente para empujarlos a cualquier cosa y hacerlos más valerosos frente a los combates. Pero no los hacía solamente más valerosos, sino también más íntimos.

2. Es un gran elogio, y mayor que todos los demás, el decir acerca de Epafras: *vuestro compatriota, siervo de Cristo.* También dice que es su ministro <sup>8</sup>, igual que se llama a sí mismo ministro de la Iglesia cuando afirma: *De la cual he llegado a ser ministro* <sup>9</sup>. Pablo eleva a este hombre a la misma dignidad; más arriba lo llama consiervo <sup>10</sup> y aquí siervo.

*Vuestro compatriota*, dice, como si hablara a una madre y dijera: «el que ha salido de tu vientre». Pero este elogio hubiera engendrado envidia; por eso no lo recomienda sólo por estos motivos, sino también por los que tienen que ver con ellos. Allí como aquí disipa la envidia.

*Que se esfuerza siempre* —dice— *a favor vuestro*; no sólo ahora entre nosotros para hacer alarde ni tampoco sólo entre vosotros para alardear allí.

Pablo dió muestras de una enorme buena voluntad al decir: *Que se esfuerza*. Luego, para no dar la impresión de adularlos, continuó: *De lo mucho que se afana por vosotros, por los de Laodicea y por los de Hierápolis*. Y lo de: *Para que os mantengáis perfectos*, tampoco es señal de adulación, sino lo propio de un maestro venerable.

No dice sólo *cumplidores*, sino también *perfectos*. Lo primero admitió que se daba, mientras que lo segundo dijo que faltaba. Y no dijo: «Para que no vaciléis», sino: *Para que os mantengáis*.

En verdad, el hecho de saludarlos de parte de muchos hace que se los gane, desde el momento en que los recuerdan no sólo los que son sus íntimos, sino también otros.

*Decid a Arquipo*: «*Considera el ministerio que recibiste en el Señor*». Los subordina de una forma especial a él. En efecto, ya no pueden acusarlo cuando los increpa si ellos mismos han recibido todo el encargo; porque no es razonable que los discípulos hablen mal del maestro. Pero es con la intención de taparles la boca que escribe estas cosas.

*Decid a Arquipo: «Considera»* <sup>11</sup>. Esta es la expresión utilizada siempre que quiere infundir temor, como cuando dice: *Atención a los perros* <sup>12</sup>; *Mirad que nadie os esclavice* <sup>13</sup>; *Pero tened cuidado de que esa vuestra libertad no sirva de tropiezo a los débiles* <sup>14</sup>. También habla así siempre que tiene miedo.

*Considera* —dice— *el ministerio que recibiste en el Señor, para que lo cumplas*. Y no permite que él sea el señor, como el propio Pablo decía: *Si lo hiciera por propia iniciativa, ciertamente tendría derecho a una recompensa. Más si lo hago forzado, es una misión que se me ha confiado* <sup>15</sup>.

*Para que lo cumplas*: poniendo continuamente celosa atención. *Que recibiste en el Señor*. De nuevo, *en* significa «por obra de Dios». Él mismo te lo concedió, no nosotros. A aquéllos también los subordina a él demostrando que se los ha encomendado Dios.

*Acordaos de mis cadenas. La gracia sea con vosotros. Amén*. Disipó el temor. En efecto, aunque el

maestro esté entre cadenas, la gracia, sin embargo, lo libera. También esto es un signo de gracia, el permitir que fuera encadenado. Escucha a Lucas cuando dice: *Ellos marcharon de la presencia del Sane-drín contentos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre* <sup>16</sup>. Y es que ser considerado digno supone, realmente, sufrir ultrajes y ser encadenado. Si cualquiera que tiene un amante considera como una ganancia sufrir de algún modo por su causa, mucho más si es por Cristo.

Así pues, no nos dolamos por las tribulaciones a causa de Cristo; al contrario, acordémonos también nosotros de las cadenas de Pablo y que esto sea nuestro impulso.

¿Exhortas, por ejemplo, a unos para que den a los pobres a causa de Cristo? Recuérdales las cadenas de Pablo y llámate a ti mismo desgraciado y también a aquéllos, porque si Pablo entregó incluso su cuerpo a las cadenas por Él, tú ni siquiera das de tu comida.

¿Te has engreído por tus buenas acciones? Acuérdate de las cadenas de Pablo y de que no has sufrido nada semejante, y ya no te engreirás.

¿Deseaste los bienes del prójimo? Acuérdate de las cadenas de Pablo y verás cómo es absurdo que aquél se viera en peligro mientras que tú vives en la molicie.

¿Sentiste, a tu vez, deseo de lujo? Pon en tu mente la cárcel de Pablo; eres su discípulo, su com-

pañero de armas. ¿Como va a ser justo que tu compañero esté entre cadenas y tú entre lujo?

¿Te encuentras acongojado? ¿Llegaste a pensar que te han abandonado? Escucha las palabras de Pablo y verás que el estar acongojado no es señal de abandono.

¿Quieres llevar vestidos de seda? <sup>17</sup>. Acuérdate de las cadenas de Pablo y estas cosas te parecerán más despreciables que andrajos cubiertos de fango.

¿Quieres ponerte adornos de oro? Pon en tu mente las cadenas de Pablo y te parecerá que éstos no son nada mejor que un junco viejo.

¿Quieres arreglarte el cabello y parecer hermosa? Piensa en la suciedad de Pablo en la cárcel y arderás por aquella belleza, considerarás ésta como la peor deformidad y lanzarás penetrantes gemidos deseosa de aquellas cadenas.

¿Quieres cubrirte de polvos de tocador, pintura de ojos y cuantas cosas hay por el estilo? Piensa en las lágrimas de aquél. Durante tres años, de noche y de día, lloró sin parar <sup>18</sup>. Embellece tu rostro con este adorno; estas lágrimas te hacen espléndida. No te estoy diciendo que llores por otros (también lo quiero, en efecto, pero esto es superior a ti), sino que te exhorto a hacerlo por tus pecados.

¿Diste orden de encadenar a un esclavo y te has irritado y encolerizado? Acuérdate de las cadenas de Pablo y al punto cesará tu ira. Recuerda que nosotros somos de los encadenados, pero no de los que encadenan; de los que tienen roto el corazón, pero no de los que lo rompen.

¿Te dejaste llevar y soltaste una enorme carcajada? Imagínate los lamentos de aquél y gemirás; estas lágrimas te volverán mucho más resplandeciente.

¿Has visto a gentes que se entregan a la molicie y al baile? Acuérdate de sus lágrimas.

¿Qué fuente hizo brotar tantas corrientes como lágrimas aquellos ojos? «Acordaos —dice— de mis lágrimas»<sup>19</sup> como aquí de las cadenas. Y, con razón, a aquéllos les dirigió estas palabras cuando los hizo venir desde Éfeso a Mileto<sup>20</sup>. En efecto, hablaba a maestros; es así que a aquéllos les pide también congregarse, pero a éstos solamente correr peligro<sup>21</sup>.

3. ¿Qué fuente quieres comparar a tales lágrimas? ¿La del paraíso, que regaba toda la tierra? Pero no dirás nada semejante, porque esta fuente de lágrimas regaba las almas, no la tierra.

Si alguien nos hubiera mostrado a Pablo lloroso y gimiendo, ¿no hubiera sido mucho mejor verlo a él antes que a innumerables coros luminosamente coronados?

No me refiero a vosotros, pero si alguien sacara de la escena teatral a uno de esos licenciosos abrasados y enajenados por el deseo carnal, para mostrar a una doncella en plena flor de la juventud, superior a las de su edad entre otras cosas por su rostro, más que por el resto de sus miembros; de tiernos y delicados ojos que se posan suavemente y se vuelven suavemente, que sonríen blandos, mansos, apacibles, envueltos en mucho pudor y mucha gracia; coronada arriba y abajo de azulados párpados y con una pupila, por decirlo así, dotada de vida; la frente despejada; una mejilla que se va ruborizando intensamente, lisa como el mármol, suave. Si a continuación me hubiera mostrado a Pablo llorando, hubiera dejado a aquélla para lanzarme a la contemplación de éste. Porque la belleza que destellaba de esos ojos era espiritual.

En efecto, aquella belleza pone fuera de sí las almas de los jóvenes, las abrasa e inflama; ésta, en cambio, las apacigua. El que mira los ojos de aquél vuelve más hermoso el ojo de su alma; su vista contiene el estómago, sacia de sabiduría<sup>22</sup> y gran misericordia, y puede ablandar un alma dura como el diamante.

Con estas lágrimas se riega la Iglesia, con estas lágrimas se cultivan las almas. Aunque haya fuego, estas lágrimas pueden extinguirlo, tanto si es de los sentidos como del cuerpo. Estas lágrimas apagan las saetas de fuego del Maligno.

Acordémonos, pues, de sus lágrimas y riámonos de todas las cosas presentes. Cristo consideraba bienaventuradas estas lágrimas diciendo: «Bienaventurados los afligidos y bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán»<sup>23</sup>. Lágrimas semejantes vertieron también Isaías y Jeremías. Uno decía: *¡Apartos de mí! Voy a llorar amargamente*<sup>24</sup>; el otro decía: *¡Quién convirtiera mi cabeza en llanto, mis ojos en manantial de lágrimas!*<sup>25</sup>, como si no bastase con la fuente natural.

Nada es más dulce que las lágrimas; son más dulces que cualquier risa. Los que sentís pena sabéis cuánto consuelo proporcionan. No pensemos que es una cosa detestable, sino muy deseable incluso.

Acordémonos de estas lágrimas, de estas cadenas, no para que otros pequen, sino para que, pecando ellos, nosotros nos aflijamos.

Así pues, descendían sus lágrimas por las cadenas; pero la muerte de quienes se estaban perdiendo, de quienes lo encadenaban, no dejaba a Pablo disfrutar del placer que le proporcionaban las cadenas. Y es que sentía pena por ellos. En efecto, era discí-

pulo de Aquel que lloraba por los sacerdotes judíos no porque fueran a crucificarlo, sino porque ellos mismos se perdían. Y no solamente lo hace Él, sino que también exhorta en este sentido a los demás diciendo: *Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí*<sup>26</sup>.

Estos ojos vieron el paraíso, vieron el tercer cielo. Pero no los considero bienaventurados tanto por esta visión como por aquellas lágrimas, por medio de las cuales vieron a Cristo. Esto es, realmente, una dicha; y, en efecto, el mismo Pablo se gloria de ello diciendo: *¿Acaso no he visto yo a Jesús, Señor nuestro?*<sup>27</sup>. Pero la mayor dicha es haber llorado así.

Muchos han participado de aquella visión y a los que no participaron de ella Cristo, a su vez, los llama bienaventurados cuando dice: *Dichosos los que no han visto y han creído*<sup>28</sup>. Esto no lo alcanzaron muchos.

Si para la salvación de los otros es más necesario permanecer aquí por Cristo que irse con Él, entonces llorar a causa de ellos será más necesario que verlo a Él. Si estar en el infierno por Él es más deseable que estar junto a Él, también estar separado de Él por su causa será más deseable que estar con Él (porque era a esto a lo que Pablo se refería: *Pues desearía ser yo mismo anatema, separado de Cristo por mis hermanos*<sup>29</sup>); con mucha más razón también llorar por Él.

*No he cesado —dice— de amonestaros con lágrimas a cada uno de vosotros*<sup>30</sup>. ¿Por qué? No porque tuviese miedo de los peligros; antes bien, igual que si alguien, sentado junto a un enfermo y sin conocer el desenlace, llorara llevado por su afecto, temeroso de que perdiera la vida, así también Pablo: al ver a uno débil no era capaz de reprenderlo y no le quedaba más que llorar. Esto también lo hizo Cristo para ver si sentían consideración por sus lágrimas. Por ejemplo: ¿pecaba uno?, lo increpaba; ¿el increpado lo despreciaba y se marchaba?, lloraba por si de esa manera se lo atraía.

### *Perversión de los festejos nupciales*

4. Acordémonos de estas lágrimas. Criemos así a nuestras hijas, así a nuestros hijos, llorando cuando los veamos en el mal.

Que se acuerden de las lágrimas de Pablo y giman cuantas desean ser amadas; cuantas sois consideradas dichosas, cuantas estáis en el tálamo, cuantas vivís en medio del placer, acordaos de ellas. Cuantos estáis afligidos, cambiad lágrimas por lágrimas. Aquél no se apenaba por los muertos, sino por los que perecían estando vivos.

¿Hablo, además, de otras lágrimas? También Timoteo lloraba. Era, en verdad, discípulo de Pablo; es por eso que cuando le escribió decía: *Al acordar-*

*me de tus lágrimas, para llenarme de alegría* <sup>31</sup>. Muchos lloran también de gozo. Así, el llorar conlleva placer, y un placer especialmente intenso; así, las lágrimas que proceden de un dolor semejante no resultan molestas, sino mucho mejores incluso que aquéllas causadas por una alegría mundana.

Escucha al profeta cuando dice: *Yahveh ha oído la voz de mis sollozos* <sup>32</sup>. Porque, ¿dónde no son útiles las lágrimas? ¿En las súplicas? ¿En las exhortaciones? Nosotros las rechazamos cuando no las usamos para lo que han sido otorgadas. Cuando exhortamos a un hermano que peca, hay que llorar dándonos golpes y gimiendo; cuando damos consejos a alguien que no hace caso, sino que se pierde, hay que llorar. Éstas son lágrimas de sabiduría. Sin embargo, cuando alguien se vuelve pobre, cuando tiene una enfermedad en su cuerpo, cuando muere, ya no. Estos sucesos no son dignos de lágrimas.

Por tanto, igual que rechazamos la risa cuando usamos de ella a destiempo, así también las lágrimas cuando las administramos de forma inoportuna. Porque es entonces cuando se manifiesta la bondad de cada cosa, cuando es dirigida a la misión que le es propia, si es ajena, ya no. El vino, por ejemplo, se ha dado para la alegría, no para la borrachera; el pan para el alimento; la unión de los sexos para la procreación.

Así pues, igual que quedan censuradas estas cosas cuando se hace mal uso de ellas, así también

las lágrimas. Que se imponga una ley: usar de ellas sólo en las súplicas y en las exhortaciones. Mira cómo el llorar será algo incluso deseable.

Nada limpia de tal manera los pecados como las lágrimas. También vuelven hermoso el aspecto exterior ya que mueven a compasión a quien lo mira, hacen que nos resulte venerable. Nada es más dulce que unos ojos que han llorado. Éste es, efectivamente, nuestro miembro más noble y más hermoso y, además, espiritual. Igual, entonces, que si viéramos lamentarse al alma misma, así nos abatimos.

No se os han dicho estas cosas sin motivo, sino para que no participéis en bodas ni en bailes ni en danzas satánicas<sup>33</sup>. Mira, en verdad, qué ha inventado el diablo. Cuando la propia naturaleza hubo apartado a las mujeres de la escena y de las indignidades que se dan allí, él metió en el gineceo elementos propios del teatro, me refiero a los afeminados y a las prostitutas. Esta ruina la introdujo la ley de las bodas, o mejor dicho, no la de la boda, ¡Dios nos libre!, sino la de nuestra estupidez<sup>34</sup>.

¿A qué te dedicas, hombre? No sabes lo que estás haciendo. Tomas mujer para guardar la castidad y tener hijos. ¿Qué sentido tienen, entonces, las prostitutas? «Para que la alegría sea mayor», dices. ¿No son estas palabras señal de insensatez? Afrentas a la novia, afrentas a los invitados. Si gozan con semejantes cosas es que el asunto es una afrenta. Si el hecho de ver a prostitutas comportándose de forma indigna proporciona algún tipo de distinción, ¿por qué no llevas a la novia para que sea espectadora también ella? Es absolutamente indigno y vergonzoso meter en casa afeminados, danzarines y toda clase de pompa satánica. *Acordaos* —dice— *de mis cadenas*. Una cadena es el matrimonio, una cadena establecida por Dios; separación y desunión es la prostituta.

Es lícito dar alegría a la boda con otros medios; por ejemplo, con mesas repletas y ropajes. No quito estas cosas para no parecer demasiado bruto; a Rebecca, sin embargo, le bastó con un único vestido<sup>35</sup>, pero no las quito. Es lícito alegrarla con ropajes, es lícito con la presencia de hombres respetables, de mujeres respetables. ¿Por qué introduces aquellas juergas; por qué aquellos monstruos? Dime qué les oyes decir. Pero ¿enrojeces al decirlo? ¿Tú enrojeces y obligas a aquéllos a hacerlo? Si es bueno, ¿por qué no lo haces tú también? Si es malo, ¿por qué obligas a otro? Todo debe estar lleno de castidad, todo de recato, todo de decoro. Ahora, en cambio,

veo lo contrario: gentes que saltan como camellos, como mulas.

El tálamo es apto sólo para la doncella. «Pero es pobre», dices. Puesto que es pobre ha de ser también decorosa. Que tenga buenas costumbres en vez de riquezas. ¿No puede aportar una dote? ¿Por qué la haces despreciable además de otra manera al pervertirla?

Apruebo que asistan doncellas para honrar a su compañera; que asistan mujeres para honrar a la que fue comprendida entre ellas. Esto ha sido justamente establecido. Dichos cortejos son dos: el de las vírgenes y el de las casadas. Aquéllas la entregan, éstas la reciben. La novia está en medio de ellas, ni virgen ni mujer, porque viene de allí y entra en esta clase.

Mas las prostitutas, ¿por qué motivo? Tendrían que esconderse cuando hay boda; tendrían que enterrarse (la prostitución es, en efecto, la perdición del matrimonio). Nosotros, en cambio, las llevamos a las bodas.

Cuando hacéis algo, consideráis el alcance de las palabras como un presagio contrario. Por ejemplo, cuando plantas, cuando sacas el vino de los lagares, no pronunciarías siquiera lo que signifique acidez. ¿Aquí, en cambio, donde se da la castidad, introduces acidez?; porque es esto la prostitución.

Cuando preparáis un perfume, no permitís que nada maloliente esté cerca. Un perfume es el matrimonio; ¿por qué, entonces, introduces el mal olor del estiercol en la preparación del perfume?

¿Qué dices? ¿Baila la doncella y no se avergüenza frente a su compañera? Es que ha de ser más re-

catada que ésta; procede de un abrazo, no de una palestra. La doncella no debe ponerse de manifiesto en modo alguno durante las bodas.

### *El misterio del matrimonio*

5. ¿No ves que en los palacios quienes gozan de honores están dentro, en torno al rey, y fuera los que carecen de honra? Estate dentro también tú, en torno a la doncella. Pero permanece pura en casa; no hagas ostentación de tu virginidad<sup>36</sup>.

Están presentes ambos cortejos, uno que muestra cuál es el don que ofrece y el otro con el fin de custodiarlo. ¿Por qué deshonoras la virginidad?

Si tú actúas de tal manera, el novio también sospechará de aquélla un comportamiento semejante. Si quieres ser amada, estos modos son propios de una tendera, de una verdulera, de una obrera. ¿No es esto una vergüenza? Una vergüenza es comportarse de forma indigna, aunque se trate de la hija de un rey. ¿Es que la pobreza es un impedimento? ¿Lo es acaso el modo de vida? Aunque la doncella sea una esclava, que permanezca casta: *En Cristo Jesús no hay esclavo ni libre*<sup>37</sup>.

¿Acaso es un teatro el matrimonio? Es un misterio y la imagen de algo grande; aunque a él no lo respetes, respeta aquello de lo que es imagen. *Gran*

*misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia*<sup>38</sup>. Es imagen de Cristo y la Iglesia, ¿y tú introduces prostitutas?

«Entonces —dices— si no bailan las vírgenes ni las casadas, ¿quién bailará?». Nadie. Porque, ¿qué necesidad hay de bailes? En los misterios de los griegos<sup>39</sup> hay bailes; en los nuestros, en cambio, silencio y decencia, pudor y recato. Se está realizando un gran misterio: afuera las prostitutas, afuera los impuros. ¿De qué manera es un misterio? Se reúnen y los dos hacen uno.

¿Por qué razón en sus inicios no había baile, no había címbalos, sino mucho silencio, mucha tranquilidad, mientras que cuando ahora se unen para reproducir no una imagen inanimada ni la imagen de algo terrestre, sino la de Dios mismo, introduces un alboroto tan grande, perturbas a los presentes, afeas el alma y la confundes?

Vienen para convertirse en un solo cuerpo. Mira, de nuevo, el misterio del amor. Si los dos no llegan a convertirse en uno solo, no producen muchos en tanto que sigan siendo dos; es entonces, cuando llegan a la unidad, cuando los producen. ¿Qué aprendemos de esto? Que es grande la fuerza de la unión. La habilidad de Dios dividió a uno en dos al principio y, como quería mostrar que después de la división también sigue habiendo uno, no permitió que bastara uno solo para la procreación. En efecto, sigue sin haber uno solo, sino la mitad de uno, y es

evidente que no puede engendrar hijos, como tampoco antes.

¿Has visto el misterio del matrimonio? Hizo uno a partir de dos y, después de hacer a estos dos uno solo, vuelve a hacer uno de esa manera. Es así que también ahora el hombre nace de uno. Efectivamente, la mujer y el hombre no son dos hombres, sino un hombre solo. Es posible, además, probar esto por muchas razones; por Jacob, por ejemplo, por María la madre de Cristo, por la afirmación: *Macho y hembra los creó*<sup>40</sup>.

Si uno es cabeza y la otra cuerpo, ¿cómo son dos? Por eso ocupa la una el lugar del discípulo y el otro el del maestro; él es quien ordena, ella quien recibe órdenes. También por la manera misma de formarse los cuerpos puede ver cualquiera que son uno solo: ella fue hecha de la costilla y son como dos mitades. Por eso la llama auxiliadora, para mostrar que son uno solo; por eso prefiere la vida conyugal a su padre y a su madre, para mostrar que son uno solo.

De igual manera, también el padre se alegra cuando se casan su hijo o su hija, como si el cuerpo se apresurara a reunirse con un miembro propio. Se produce un gasto tan grande y una merma de riquezas, y no se resigna, sin embargo, a verlo soltero<sup>41</sup>.

Efectivamente, igual que si la carne estuviera dividida en sí misma, cada uno de ellos es insuficiente para la procreación; cada uno de ellos es insuficien-

te para la constitución de la vida presente. Por eso dice el profeta: *Un resto de espíritu* <sup>42</sup>.

¿Cómo llegan a ser también una sola carne? Igual que si quitas al oro su parte más pura y la mezclas con otro oro, así también en este caso: la mujer acoge lo más fecundo de la fusión del placer, lo alimenta y lo cuida, y, después de aportar lo suyo, da un hombre a cambio. El niño es como una especie de puente. De esta manera, los tres se hacen una sola carne, enlazando el hijo a cada uno de ellos de una parte y de otra.

En efecto, como si, habiendo dos ciudades y un río que las separa completamente, se formara una sola ciudad al unir las un puente de uno y otro lado, pues así ocurre en este caso, y más, porque el puente mismo procede de la substancia de ambos.

También por esta razón son uno solo, porque el cuerpo y la cabeza son un solo cuerpo; se ven divididos, de hecho, por el cuello, pero no los separa más que los enlaza ya que, por estar en medio, une a los dos. Ocurre lo mismo que si un coro dividido tomara una parte de sus miembros de aquí y otra de la derecha para formar un único grupo; o igual que si éstos juntos se convirtieran en uno solo tendiéndose las manos. En efecto, las manos tendidas no dejan ser dos.

Por eso dijo con gran precisión, no: «Serán una sola carne», sino: *Se hacen una sola carne*, unidos por la del hijo, evidentemente.

¿Qué pasa, pues, cuando no hay hijos? ¿No serán uno también entonces? Es obvio. La unión sexual logra esto al repartirse y mezclarse los cuerpos de ambos. Y lo mismo que el que vierte esencia sobre un aceite hace del todo una única cosa, así ocurre también en este caso.

### *Descrédito y grandeza de las bodas*

6. Sé que muchos sienten vergüenza por mis palabras; la razón de ello es la impudicia y el libertinaje. El hecho de que las bodas se desarrollen así, el hecho de que se perviertan, ha desacreditado el matrimonio, pues: *Tened todos en gran honor el matrimonio, y el lecho conyugal sea inmaculado* <sup>43</sup>.

¿Por qué te avergüenzas de lo que es honorable? ¿Por qué enrojeces por lo que es puro? <sup>44</sup>. Ese comportamiento es propio de heréticos; es propio de quienes introducen prostitutas. Por eso quiero limpiar a fondo el matrimonio, para elevarlo a la nobleza que le es propia, para tapar la boca de los heréticos <sup>45</sup>.

Se ha ultrajado el don de Dios, la raíz de nuestro origen. Es mucho, en efecto, el estiércol y el fango en torno a la raíz. Limpiemos esto, entonces, con nuestro discurso. Así que aguantad un poco, porque también quien se ocupa del estiércol aguanta el mal olor.

Quiero mostrar que no hay que avergonzarse por lo que digo, sino por lo que hacéis. Tú, en cambio, dejas de avergonzarte por esto para avergonzarte por aquello: condenas, por tanto, a Dios que así lo ha decretado.

¿Os digo cómo es el misterio de la Iglesia? Cristo llegó a la Iglesia, surgió de ella <sup>46</sup> y se reunió con ella en una unión espiritual. *Pues os tengo desposados —dice— con un solo esposo cual casta virgen* <sup>47</sup>. Y escucha cómo dice que venimos de Él: todos nosotros somos de sus miembros y de su carne <sup>48</sup>. Considerando todas estas cosas, no nos avergoncemos de un misterio tan grande.

El matrimonio es imagen de la presencia de Cristo, ¿y tú estás borracho? Dime: si vieras la efigie de un rey, ¿acaso la desfigurarías? En modo alguno.

Parece que es indiferente lo que sucede en torno a la boda, pero es causa de grandes males. Todo está

lleno de licencia. *Grosería, necedad y chocarrería* —dice— *no salga de vuestra boca* <sup>49</sup>. Todo aquello es grosería, necedad y chocarrería, no sin más, sino en grado superlativo. En efecto, la cosa es un arte y hay grandes elogios para quienes lo cultivan. Los pecados se han vuelto arte. No nos dedicamos a ellos sólo de pasada, sino con diligencia, con habilidad. Al diablo no le queda más que dirigir sus legiones.

Donde hay borrachera, hay desenfreno; donde se dicen obscenidades, el diablo está presente trayendo lo que le es propio. Cuando invitas a comer a éstos, dime, ¿realizas el misterio de Cristo y llamas al diablo?

Quizá me consideráis pesado. Y es que esto es también señal de una gran perversión, que quien censura se exponga a la risa como si fuera un gruñón.

¿No oís a Pablo cuando dice: *Por tanto, ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier cosa, hacedlo todo para gloria de Dios* <sup>50</sup>? Vosotros, en cambio, lo hacéis para la blasfemia y la infamia. ¿No oís decir al profeta: *Servid al Señor con temor y exultad en él con temblor* <sup>51</sup>? Vosotros, en cambio, os desenfrenáis.

¿Es que no es posible alegrarse y, además, con seguridad? ¿Quieres oír hermosos cantos? Ciertamente ni sería necesario, pero seré condescendiente si lo deseas: no oigas los que sean satánicos, sino los espirituales. ¿Quieres ver gente bailando? Mira el

coro de los ángeles. «¿Y cómo puede verse?», preguntan. Si echas fuera aquellas cosas, vendrá Cristo a estas bodas; estando Cristo presente, también el coro de los ángeles está presente.

Si quieres, también ahora hará milagros, igual que entonces. Transformará también ahora el agua en vino y, lo que es mucho más extraordinario, cambiará el chorro de desenfreno y la estéril concupiscencia y los mudará en espirituales. Esto significa hacer vino del agua. Donde hay flautistas no está Cristo, pero en caso de que hubiera entrado, primero los expulsa y luego hace milagros.

¿Qué hay más repugnante que la pompa satánica, donde todo es indistinto, donde todo es confuso? Y si resulta que hay algo claro, son, a su vez, vergüenzas y porquerías.

### *La elección del esposo*

7. Nada hay más grato que la virtud, nada más dulce que la decencia, nada más deseable que el recato. Que cualquiera celebre sus bodas como las que yo digo y verá qué placer

Poned atención a qué clase de bodas son éstas. En primer lugar, busca un marido para la doncella que sea realmente un marido y un protector; hazlo como quien va a poner a un cuerpo su cabeza, como el que se dispone a hacerle entrega de una hija, no de una esclava. No busques dinero ni el esplendor del linaje ni la grandeza de la patria (todo esto es superfluo), sino un alma piadosa, bondad, la

verdadera sabiduría, el temor de Dios, si quieres que tu hija viva gozosamente<sup>52</sup>.

Porque si buscas uno más rico, no sólo no la ayudarás, sino que incluso la perjudicarás convirtiéndola en esclava. En efecto, no sacará tanto placer de las riquezas cuanto disgusto por el hecho de ser esclava. Así que no busques estas cosas, sino preferentemente a uno que sea de igual rango. Si no resulta posible, mejor uno más pobre que uno más rico, si es que no quieres vender a tu hija a un patrón, sino entregarla a un marido<sup>53</sup>.

Cuando hayas examinado concienzudamente la virtud del marido y vayas a entregársela, pide a Cristo que se haga presente, que no se avergonzará: se trata del misterio de su presencia.

Así pues, invócalo entonces de manera especial para que te conceda un pretendiente semejante. No seas peor que el siervo de Abraham<sup>54</sup>, que cuando lo mandaron a tan importante viaje sabía a donde tenía que recurrir; por eso logró todo.

Cuando hagas pesquisas buscando un marido, reza. Di a Dios: «Dispón a quien Tú quieras». Pon el asunto en sus manos y, honrado por esta distinción que le otorgas, te responderá. Dos cosas hay que hacer: ponerlo en sus manos y buscar a uno tal como Él lo desea: honrado y casto

Por tanto, cuando celebres las bodas no vayas de casa en casa tomando prestados espejos y ropajes, porque la cosa no es para hacer ostentación ni llevas a tu hija a una parada. Antes bien, engalana tu casa con lo que hay dentro e invita a tus vecinos, amigos y parientes. A cuantos conozcas que sean virtuosos, invítalos y exhortalos a bastarse con lo que hay. Que no esté presente ninguno de los del teatro, porque aquí reside un gasto superfluo e infame.

Invita a Cristo antes que a todos los demás. ¿Sabes por qué razón has de invitarlo?: «El que hace algo a uno de estos pequeños —dice— a mí me lo hace»<sup>55</sup>. No pienses que es un asunto desagradable el invitar a los pobres a causa de Cristo<sup>56</sup>; desagradable es el invitar a prostitutas. El invitar a los pobres es causa de riqueza, mientras que aquello lo es de perversión.

No adornes a la novia con estos adornos hechos de oro, sino con dulzura y pudor y con las ropas de costumbre, y, en vez de todo tipo de aderezos de oro y virguerías, revístela con un sentimiento de rubor, de vergüenza y de no buscar aquellas cosas.

Que no haya ningún alboroto, ningún barullo. Que se haga venir al esposo; que reciba a la doncella. Los almuerzos y las cenas no estén llenos de borrachera, sino de gozo espiritual.

Son innumerables los bienes que nacen de un matrimonio así; además, sus recursos estarán sobre seguro. Pero de las bodas que se dan ahora (si es que se las puede llamar bodas y no paradas nupciales), mira cuántos males surgen. Acaban de terminar los festejos y aparece inmediatamente la preocupación y el temor no sea que se pierda alguno de los objetos prestados; entonces al placer le sucede un abatimiento insoportable.

Pero ésta es precisamente la congoja de la madrina, o más bien, ni siquiera la propia novia se ve libre de ello; de hecho, todo lo que ocurre después le incumbe a la novia misma. Y es que el ver todo acabado es motivo de desaliento; el ver la casa vacía, causa de tristeza.

Aquí está Cristo, allí Satanás; aquí hay alegría, allí preocupación; aquí gozo, allí pena; aquí gasto, allí nada semejante<sup>57</sup>; aquí falta de compostura, allí decoro; aquí envidia, allí buena disposición; aquí borrachera, allí sobriedad, allí salvación, allí castidad.

Considerando todo lo dicho, pongamos en este punto límites al mal a fin de agradar a Dios y ser considerados dignos de alcanzar los bienes prometidos a quienes lo aman, por la gracia y la misericordia de nuestro Señor Jesucristo.